

por las monografías, tanto temáticas como territoriales, realizadas en el seno del Departamento de Geografía de la Universidad de Oviedo durante las últimas cuatro décadas.

Se trata de un estudio geográfico sobre la evolución reciente y las características actuales de las estructuras territoriales de Lena, un espacio encuadrado, desde el punto de vista funcional, en el ámbito de la cuenca minera central de Asturias y, desde el punto de vista geográfico, en el límite meridional del área central de la región.

Su pertenencia a la cuenca minera, despojada en las tres últimas décadas de la mayor parte de sus explotaciones carboníferas, explica su declive actual, que se manifiesta en la pérdida de puestos de trabajo y de población, en el abandono del campo y en el creciente macrocefalismo de la capital, Pola de Lena, que concentraba en 2007 el 67 % de la población municipal. Por el contrario, su posición al sur del espacio más urbanizado y dinámico de Asturias, en contacto con la Cordillera Cantábrica, se presenta hoy como una de sus principales fuentes de riqueza. Esa posición es la causa de la abundancia y la calidad de las vías de comunicación que atraviesan el concejo de norte a sur en dirección a la Meseta (N-630, AP-66 o autovía del Huerna, ferrocarril de Pajares y futura línea del AVE), las cuales han convertido el fondo de valle del río Lena en el principal y más dinámico de los ejes económicos del municipio.

Los contenidos básicos del libro se organizan en seis capítulos. En ellos se exponen de forma sintética las características generales del medio físico, de la población y del poblamiento, de las infraestructuras de transporte, de los usos del suelo y de las actividades económicas. Pero también incluye una referencia a la evolución reciente del municipio, a la que comenzó a mediados de la década de 1980 impulsada por la reconversión minera, que le está llevando a una profunda transformación de lo que había sido hasta entonces la organización tradicional del espacio.

Caben destacar por su carácter novedoso los análisis sobre la mina de azogue de La Soterraña, hoy abandonada, y sobre las características y la distribución del comercio en Pola de Lena. Pero, sobre todo, nos ha llamado la atención la calidad y la proliferación del material gráfico, imprescindible para nosotros en cualquier trabajo de carácter geográfico. Los diagramas están justificados, las fotografías han sido bien seleccionadas y los mapas, más de una treintena, son de factura excelente.

La calidad del material gráfico, sobremanera la de los mapas, es sintomática del buen hacer del autor en este campo y de su capacidad para transmitir con imágenes

creadas al efecto las principales características geográficas del espacio que analiza. Cuestión ésta, por otra parte, que se encuentra en la línea de lo que viene siendo tradicional en el Departamento de Geografía ovetense desde el momento de su fundación en los primeros años de la década de 1970.— GASPAR FERNÁNDEZ CUESTA

### *Financiarización, crisis económica y espacio del capital en España\**

La percepción de que seguimos día a día la crisis económica que venimos viviendo desde finales de 2007 está generada por ese constate martilleo a que nos someten los medios de comunicación sobre el estado de ánimo de los mercados, la cuantía de la prima de riesgo y las oscilaciones bursátiles del Ibex 35. Tratan de convencernos de que vivimos al borde de un precipicio y de que nuestras opciones, por el momento, son limitadas y siempre duras: recortes sociales para reducir el déficit y reformas estructurales (sobre todo en materia de relaciones laborales y derechos sociales). Aparte de eso y de ir asumiendo una jerga terminológica que apenas comprendemos (y que seguramente ni falta que hace), muy poco sabemos de la crisis, cuyas razones y soluciones parecen materia reservada a unos cuantos técnicos-economistas, quienes, por cierto, son los mismos que conducían este sistema antes de entrar en crisis y que llevan proponiendo soluciones que, lejos de ofrecer resultados, parecen más bien contribuir a profundizarla.

Como no podía ser de otro modo, aparte de estos «gurús» oficiales, vinculados a los propios intereses del capital financiero, está apareciendo un nutrido grupo de economistas independientes más preocupados por explicar las razones profundas de la crisis, que consideran inmersas en el propio funcionamiento neoliberal del sistema en las décadas pasadas, y que proponen diferentes salidas, desde las neokeynesianas (suavizadas en el caso, por ejemplo, del Nobel de Economía Paul Krugman, o radicales en el de Vicenç Navarro) a las anticapitalistas, que consideran al sistema agónico y proponen acometer su superación.

Dentro de este último grupo, y vinculados siempre a la tradición marxista, los trabajos son muy numerosos, y proceden de investigadores-militantes que aparecen aso-

\* Isidro López y Emmanuel Rodríguez (Observatorio Metropolitano): *Fin de ciclo. Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010)*. Traficantes de Sueños, Madrid, 2010.

ciados en diferentes colectivos. Entre ellos cabe destacar el Seminario de Economía Crítica Taifa, orientado principalmente hacia la formación y que viene publicando desde 2005 en Internet una serie de interesantísimos informes sobre la economía de nuestro país, y el Observatorio Metropolitano, de carácter más interdisciplinar. A este último colectivo pertenecen los autores del libro que aquí se trata.

Publicado por la editorial independiente Traficantes de Sueños en 2010, el libro proporciona una bien fundamentada explicación de la evolución del sistema en España desde los años cincuenta hasta el desencadenamiento de la crisis y sus primeros años. Aunque buena parte de los datos se interrumpen en 2009, los autores son capaces de prever ya muchos de los acontecimientos y reacciones que se han producido después. Resumiendo mucho, el centro de la línea argumental sería el siguiente: a nivel internacional la crisis actual es el resultado del agotamiento de un modelo de funcionamiento del sistema surgido después de la crisis de los años setenta. Entonces quedaron cuestionados el sistema taylorista y el *welfare* (Estado del bienestar) surgidos en la posguerra. La caída de la tasa de beneficios provocada por la saturación de los mercados condujo a una serie de reformas ya bien estudiadas: los cambios ya clásicos en la composición orgánica del capital (sustitución de capital variable por fijo e incremento de la plusvalía relativa) se vieron acompañados de la desconcentración del proceso productivo y externalización de muchas fases del mismo y de servicios asociados, al tiempo que se atacaban las modalidades más estables de contratación, se abarataban los despidos y se rebajaban las conquistas sociales de los trabajadores. Todo ello permitió reducir y mantener bajos los niveles salariales; pero era suficiente para recuperar la tasa de ganancia e iniciar un nuevo ciclo de acumulación. Porque la depresión de los salarios suponía una reducida capacidad de consumo. Encontraron la solución a dicha contradicción a través de lo que los autores denominan «financiarización» y que definen como un auténtico asalto de las finanzas a la economía global. En dicha financiarización adquiere una importancia relevante la expansión del crédito a la esfera de las economías familiares. A través del endeudamiento, de los créditos personales y, sobre todo, hipotecarios, pudieron esquivarse los obstáculos al incremento del consumo. Pero ello se produjo gracias a un mecanismo complementario imprescindible: la creación de burbujas patrimoniales.

En el caso de España, que desmanteló durante la transición buena parte de su obsoleto tejido productivo del franquismo y centró su economía principalmente en los

servicios turísticos y en la construcción, dichas burbujas patrimoniales se concentraron sobre todo en torno a la adquisición de vivienda (que en todo caso jugó también un papel primordial en EE. UU. y muy importante en otros lugares de Occidente). La bajada de los tipos de interés, las facilidades para contratar hipotecas, las altas valoraciones bancarias de las viviendas incrementaron la demanda y la espiral de los precios, generando lo que los autores denominan un efecto riqueza: la sociedad de trabajadores creyó haberse convertido en una sociedad de propietarios (capitalismo popular), que contaba con que su patrimonio (recién adquirido y aún no pagado) continuaría revalorizándose indefinidamente, sin comprender que, en realidad, la mayoría sólo era propietaria de la deuda contraída. Los bancos, claro está, conocían el riesgo. Las garantías exigidas no eran en la mayor parte de los casos sólidas, pero era imprescindible extender el crédito a las familias trabajadoras; era el flujo de sangre que necesitaba el sistema para continuar la acumulación en este circuito secundario e incluso para animar el primario a través de la creación de empleo en la construcción. Para sortear los riesgos la ingeniería financiera diseñó nuevos instrumentos y nuevos productos, comenzando con la «titulización» de la masa de los préstamos hipotecarios para producir nuevos derivados financieros. Procuraban así minimizar el riesgo de impago repartiéndolo entre diferentes entidades. Se separaban, para ello, las diferentes fases: el origen (concesión de la hipoteca), la administración (fragmentación y preparación del nuevo producto) y la explotación de los préstamos hipotecarios (venta del nuevo producto). Un complejo programa informático, con sofisticados modelos matemáticos infalibles según los expertos financieros, se encargó de fragmentar las hipotecas y de crear paquetes, que, una vez calificados por las agencias de calificación de riesgo, salieron a los mercados y fueron adquiridos, por ejemplo, por fondos de jubilación que captaban los beneficios y asumían los riesgos de impago.

Todo el edificio se sostenía sobre una ficción o, si se quiere, sobre una doble creencia: la revalorización indefinida de los patrimonios (incremento del precio de las viviendas) y el pago de las hipotecas contratadas. Esa confianza permitió que la piel del oso se vendiera varias veces antes de haberlo cazado.

La cadena se rompió, como no podía ser de otra manera, por el eslabón más débil, aunque ello sucediera en el país más rico: las hipotecas *subprime*, contratadas con familias de trabajadores pobres (alto riesgo). Los infalibles modelos matemáticos que exorcizaban el riesgo fallaron. Bastó una ligera subida de los tipos de interés

(para contrarrestar la caída del dólar) para que los precios de las viviendas comenzasen a caer; aparecieron también los primeros impagos y con ellos el desmoronamiento de las *subprime* titulizadas. El mercado de derivados sobre hipotecas se disolvió de la noche a la mañana y los grandes bancos cargados de enormes cantidades de hipotecas de alto riesgo transmitieron la crisis a los bancos de medio mundo. El castillo de naipes se había desmoronado y el capital ficticio volatilizado.

En España el efecto de la caída de las *subprime* norteamericanas sólo afectó en parte, pero de manera paralela ya venían produciéndose síntomas que manifestaban la saturación del mercado inmobiliario; además aquí también subieron los tipos de interés con idénticos efectos que los americanos. La particular situación española, derivada de su posición en la división internacional del trabajo y de la consecuente orientación masiva de las inversiones en vivienda e infraestructuras (el circuito secundario de acumulación), la convirtió en particularmente vulnerable. En 2007 se produjeron fuertes caídas de los valores bursátiles de las principales inmobiliarias, enfrentadas además a la crisis de los mercados de crédito internacional. Lo que primero apareció a cámara lenta pronto se fue acelerando; a la caída de la demanda interna (familiar) se sumó la de la demanda externa y la de la obra pública (conforme las administraciones vieron reducirse sus ingresos y el Estado se sintió obligado a concentrar el gasto en los rescates bancarios). El valor patrimonial creciente en que se basaba la «sociedad de propietarios» retrocedió rápidamente, y con él el espejismo del «efecto riqueza»; en su lugar apareció ahora un «efecto pobreza» como consecuencia del miedo, contribuyendo a contraer aún más el consumo ya muy contraído a causa del incremento del paro y de los continuos recortes.

Todos estos aspectos, bien apoyados en datos y numerosos ejemplos, son, por supuesto, de gran interés. Pero el libro se trae aquí sobre todo por su notable interés geográfico, dada la importancia que los autores conceden al factor espacial y al modelo territorial resultante. Muy relacionada con ello se encuentra la propia intervención del Estado y de las instituciones autonómicas y municipales. En su opinión —y no son los únicos— el axioma neoliberal que propone un juego libre de los mercados sin interferencia del Estado y las instituciones políticas es una auténtica falacia, y no sólo hoy, cuando su intervención en los rescates resulta evidente, sino siempre. Durante el ciclo que ahora termina con la crisis, las diferentes instancias políticas han jugado un papel destacado de *progrowth* (impulsores del crecimiento). Los autores lo identifican como una cierta forma de keynesianismo;

un «keynesianismo de precio de activos» (un concepto inventado por Robert Brenner), favorecedor de la financiarización de las economías domésticas para incentivar la demanda, de la creación de nichos de negocio y de la generación de burbujas patrimoniales. Y es aquí donde el espacio juega un papel importante. No se trata sólo de proporcionar sucesivas leyes del suelo cada vez más permisivas, sino también de privatizar suelo comunal (en instancias municipales y regionales), de crear ventajas territoriales comparativas mediante la construcción de infraestructuras, mediante la propia ordenación del territorio (donde, por cierto, la geografía puede haber tenido alguna responsabilidad), incluso mediante la declaración de espacios protegidos, meras islas que atraen en su entorno nuevas actividades turísticas y residencias secundarias. Dejando de lado el espinoso tema de la corrupción, tan extendida en las últimas décadas al calor del negocio inmobiliario, las instituciones políticas (sobre todo las locales) han ido confluyendo con el emergente *lobby* inmobiliario, materializándose en partenariados público-privados y alianzas *progrowth*.

Se trata de una concepción del espacio a la manera de lo que ya hace tiempo reconocía David Harvey, como espacio del capital, puesto a su servicio. Como los autores plantean, esta política ha tenido consecuencias bien patentes en el modelo territorial español: unas infraestructuras enormemente sobredimensionadas: 14.000 km de carreteras de alta velocidad en 2006, que la convertían en el primer país europeo, por encima de Alemania, que sólo contaba con 12.000, de Francia con 10.000, y de Italia con 7.000; y una red de AVE que aspiraba a ser la mayor del mundo (el Plan Estratégico de Infraestructuras y Transportes de 2004 preveía construir para 2020 una malla viaria de 10.000 km, conectando todas las capitales de provincia). Y una extensión de la construcción sin parangón en Europa (entre 1987 y 2006 se habrían construido en torno a 800.000 hectáreas). Un modelo territorial que nada tiene de sostenible, que favorece la artificialización de los espacios y la movilidad individual en vehículos particulares debido a la gran dispersión.

Por otra parte, el sistema de financiarización ha dado lugar a espacios metropolitanos cada vez más segregados, siguiendo las pautas de una especie de darwinismo espacial al estilo del de los viejos análisis de la escuela de Chicago: el precio de la vivienda ha aumentado más en los barrios de poblaciones con mayor poder adquisitivo, que, mejor situados geográficamente y más exigentes en condiciones de seguridad, han reforzado su condición excluyente. Además, la creciente sobredotación de infraestructuras de transporte ha permitido un

espectacular crecimiento urbano en grandes manchas de «urbanismo discontinuo» desconectadas de los tejidos urbanos consolidados. Urbanizaciones de viviendas unifamiliares en manzanas cerradas (a veces buñquerizadas) con equipamientos particulares, atravesadas por carreteras e intercaladas por fragmentos de naturaleza domesticada. Todas ellas orientadas a ciertos segmentos del mercado, reforzando con ello la homogeneidad social de estos espacios. Las grandes operaciones de *lifting* en los centros urbanos (como la reforma de Barcelona de 1992 o de la ría de Bilbao) han permitido una gentrificación (entrada de población con recursos) en los centros antes degradados. Mientras tanto, los viejos cinturones obreros, de viviendas de mala calidad y de escasos ser-

vicios, han ofrecido un modesto mercado inmobiliario a los jóvenes y recién llegados. Allí se encuentran concentradas las bolsas sociales más expuestas a la crisis, por su fragilidad financiera y por el rápido deterioro de los servicios públicos impuesto por los recortes que les afectan en mayor medida.

Muchos otros aspectos interesantes quedan sin reseñar de este apasionante libro, imprescindible para acercarse a la realidad socioeconómica y espacial de las últimas décadas en España en el contexto de la globalización. Su lenguaje sencillo y ameno hace su lectura fácil y agradable incluso para quienes —como es el caso del que esto escribe— no son especialistas en la materia.—  
MANUEL CORBERA MILLÁN.